

FILÓPOLIS

VI

1. Los sermones de Ralph Waldo Emerson

Joaquín Castellá (Doctorando)

Miércoles 17 de febrero de 2021, 19 h.

[Enlace al webinar:https://zoom.us/j/991344485.73.](https://zoom.us/j/991344485.73)

Los seminarios de La torre del Virrey:

<https://www.youtube.com/c/LatorredelVirrey/videos>

FILÓPOLIS

VI

Los sermones de Ralph Waldo Emerson

Joaquín Castellá (Doctorando)

Miércoles 17 de febrero de 2021, 19 h.

Literatura como Logos: C.S. Lewis

Prof^a Luz Álvarez (Doctoranda)

Miércoles 24 de febrero de 2021, 19 h.

La fundación de la ciudad en la obra de René
Girard

Prof. David García Ramos (Doctorando)

Miércoles 3 de marzo de 2021, 19 h.

Diálogo sobre el anarquismo

Rubén Alepuz Cintas (Doctorando) en conversación con el Prof.

Dr. Salvo Vaccaro, a propósito de Estudios anarquistas

Miércoles 10 de marzo de 2021, 19 h.



Universidad
Católica de
Valencia
San Vicente Mártir

FILÓPOLIS VI

La torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados
CEFIRE Humanistic i Social

1 Los sermones de Ralph Waldo Emerson

Joaquín Castellá

Webinar/Miércoles, 17 de febrero de 2021, 19 h.

Los sermones de Ralph Waldo Emerson

La significación de los sermones en el escenario religioso, político y social de Nueva Inglaterra. Su evolución en el marco del Unitarismo. La revolución que suponen los últimos sermones de R. W. Emerson: el cambio de la perspectiva religiosa a instancias de las nuevas ciencias; el sentido moral y la libertad inherente a toda religión sincera; la complementariedad de cierta convicción moral con una responsabilidad consecuente para formar al hombre auténtico. La proyección de los sermones en su escritura ensayística.

Bibliografía

The Complete Sermons of Ralph Waldo Emerson, ed. de Albert J. von Frank, 4 vols., University of Missouri Press, Columbia, 1989-1992.

The Young Emerson Speaks: Unpublished Discourses on Many Subjects, ed. de Arthur C. McGiffert, Houghton Mifflin, Boston, 1938.

Emerson in His Journals, ed. de Joel Porte, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1982.

RALPH WALDO EMERSON, *Essays and Lectures*, ed. de Joel Porte, The Library of America, Nueva York, 1983.

VERNON L. PARRINGTON, *Main Currents in American Thought*, vol. II, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1927.

PERRY MILLER, *Errand into Wildness*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1956.

LAWRENCE BUELL, *Literary Transcendentalism*. Cornell University Press, Ithaca, 1973.

SACVAN BERKOVITCH, *The American Jeremiad*, University of Wisconsin Press, Madison, 1978.

DAVID ROBINSON, *Apostle of Culture: Emerson as a Preacher and Lecturer*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1980.

B. L. PACKER, *Emerson's Fall. A New Interpretation of the major Essays*, Continuum, Nueva York, 1982.

WESLEY T. MOTT, *The Strains of Eloquence: Emerson and his Sermons*, The Pennsylvania State University, Filadelfia, 1989.

ROBERT RICHARDSON, *Emerson. The Mind on Fire*, University of California Press, Los Angeles, 1995.

MAX WEBER, *El político y el científico*, trad. de F. Rubio Llorente, Alianza Editorial, Madrid, 1967.

1

The old English Puritans, “by nature the most reverential and most loyal portion of community”, in destroying the divine-right sovereignty of King Charles, were impelled to transfer that sovereignty to a higher King. [...] Nevertheless he set all New England to rationalizing, and it was this severe discipline that carried her people soberly through the Revolutionary War, and preserved them from the excesses which followed the Revolution in France. And it was this same discipline that prepared them for a eventual re-discovery of the humanity of Jesus and the democracy of his religion. New England has been struggling towards democracy through the bog of its feudal theology; it become consciously democratic with the appearance of the new theology. [...] The first stirring of new life were felt within the church, the repository of such learning as Harvard College disseminated through the Massachusetts villages. [...] The twenty-five years between 1790 and 1815 were the nascent period of Unitarianism, when it was reexamining the old Calvinism dogmas in the light of new liberalism, weighing the doctrines of election and reprobation in the scale with the doctrines of God’s beneficence and man’s excellence, and coming definitely to reject them as blasphemy against God and defamation of human nature. [...] Unitarianism become essentially a humanistic religion, rational, ethical, individual, yet with deep and warm social sympathies. In Channing’s excellent phrase, it discovered the apotheosis of religion in “the adoration of goodness”. It issued in conduct because it developed character. [...] Unitarianism was rather an attitude of mind than a creed. It was the recovery of the original principle of New England Separatism, lost during the long years of orthodox conformity –the principle of the open mind and free inquiry. Let each devout soul [...] seek the truth where it may be found; let each give to it such outward form as best reveals its divine nature; not seeking to impose a particular interpretation upon others, but each taking upon himself full responsibility for his spiritual welfare. Authority it regarded as the prop of the weak; dogma as the body of faith that is dead. [...]. The scriptures lie open and the heedful eye will discover God’s revelation in their pages. [...] No abler or more devout Scripturists ever preached in America than the Unitarian ministers.

VERNON L. PARRINGTON

Main Currents in American Thought, vol. II, pp. 364, 365, 313, 314-5, 319

2

The Puritans carried to New England the historic convictions of Christian orthodoxy, and in America found an added incentive form maintaining the intact. Puritanism was not merely a religious creed and a theology, it was also a program for society. [...] The transformation of this segment of Puritanism from a piety to an ethic, from a religious faith to a social code, was here completed, although an explicit break with the formal theology was yet to come. [...] But for those who had been “liberated” by Channing [...] who could no longer express their desires in the language of a creed that had been shown to be outworn, Calvinism was dead. Unitarianism rolled away the heavy stone of dogma that had sealed up the mystical springs in the New England character; as far as most Unitarians were concerned, the stone could now be lifted with safety, because to them the code of caution and sobriety [...] would serve quite as well as the old doctrines of original sin and divine transcendence to prevent mankind from reeling and staggering in freedom. [...] Unitarianism had stripped off the dogmas, and Emerson was free to celebrate purely and simply the presence of God in the soul and in nature, the pure metaphysical essence of the New England tradition. [...] What is persistent, from the covenant theology (and from the heretics against the covenant) to Edwards and to Emerson is the Puritan’s effort to confront, face to face, the image of a

blinding divinity in the physical universe, and to look upon that universe without the intermediacy of ritual, of ceremony, of the Mass and the confessional.

PERRY MILLER

Errand into the Wilderness, pp. 191, 193, 197, 198, 185

3

Son muchos los motivos por los que se asocia a la astronomía con la historia de la religión. Está siempre a nuestro alcance como imagen palpable de todo sentimiento elevado. La religión en épocas pasadas padeció los despropósitos de los hombres, lo que les llevó a menudo lejos de su objetivo, adentrándose en extraños terrenos, en su intento de resistirse obstinadamente al esfuerzo por conciliar la religión con el amor a la naturaleza. Así la canción de las estrellas matutinas fue realmente el primer himno de alabanza y será el último; el rostro de la naturaleza, el aliento de las colinas, las luces del cielo, son para un corazón puro la ocasión sincera de un sentimiento de devoción en mayor medida que lo que se oye en sacristías y sermones. [...] Un efecto decisivo de los actuales estudios de astronomía ha sido la exaltación y corrección de nuestra percepción de Dios, mostrándonos nuestra modesta condición. [...] Cuando el sistema solar haya sido correctamente explicado nos encontraremos viajando en un planeta pequeño y opaco alrededor de una simple estrella, tan insignificante que apenas se nota en medio de los soles que estallan ante lo que nos revela del telescopio. Esto es consecuencia de las recientes investigaciones, que han provocado una revolución similar en la opinión religiosa, tanto como en la misma ciencia; puesto que ya era imposible considerar, por más tiempo, a la tierra como el único objetivo al cuidado de la Providencia. [...] Considero como un efecto insoslayable de la astronomía copernicana que el planteamiento de la redención sea insostenible. [...] Una noción amplia de la mente humana puede dar con la clave, incidiendo en la importancia de los aspectos morales frente a los materiales. Estos no nos enseñarán ninguna expiación de Jesús, no nos enseñarán ningún misterio relacionado con él. Nos enseñarán las verdades grandes, simples y eternas. Nos enseñarán que él solo es un mediador, tal cual nos trae la verdad nosotros la aceptamos y por ella vivimos; que la única salvación es su invitación a salvarnos nosotros mismos; que Dios dirige a todos los hombres, a todos los espíritus, concitando el arrepentimiento, y que estos principios que Jesucristo nos ha inculcado serán para siempre el modelo por el que serán juzgadas nuestras acciones. Esta es, hermanos, la gloriosa declaración que se propone a nuestra fe, la confirmación de la plena conciliación de los nuevos y sorprendentes hechos que acontecen en el seno del libro de la naturaleza con el orden divino. Tanto como la constatación de que las virtudes del sermón de la montaña están al alcance de cualquier criatura inteligente.

R. W. EMERSON

Copernican's Sermon (1832, trad. de J. Castellá)

4

Amigos míos, el reino de Dios no es ni comida ni bebida. Las formas son tan esenciales como los cuerpos. No soy tan insensato como para manifestarme en contra de ellas, pero adherirse a cualquier otra forma concreta acto seguido es superar la tontería. Puesto que las formas solo son buenas para los cristianos si responden a sus verdaderos objetivos. Jesús vino a descargar a los hombres del peso de las ceremonias para que las sustituyeran por principios. Entiendo que lo significativo del cristianismo, el motivo por el que es divino y preferible a otra confesión, reside en que conforma todo un sistema moral; porque presenta las verdades de los hombres como si fueran sus propias razones, y las prácticas prescritas su propia justificación. Si consideraron como evidentes los milagros los primeros cristianos, no tienen por qué ser evidentes para nosotros, y lo propio cabe decir de la doctrina. Toda práctica cristiana se consagra a sí misma y toda práctica no cristiana se condena a sí misma. No estoy comprometido con el cristianismo por sus maneras decentes, ni por sus promesas de salvación, ni por sus usos y costumbres; entiendo que no es nada de esto lo que alienta mi compromiso – ninguna patraña con pies de arena. Lo que acato y reverencio es su realidad, su caridad

sin límites, su profunda vida interior; el resto le es dado a mi inteligencia, al eco que reverbera en mi pensamiento, a la perfecta correspondencia que ha lugar con la razón que me asiste, a la convicción y al coraje que me encaminan hacia arriba y hacia adelante.

La libertad es la esencia del cristianismo. Tiene como simple objetivo hacer al hombre sabio y bueno. Sus instituciones deben ser tan flexibles como el hombre quiera. Sus formas y representaciones ya no tienen vida, resultan tan inútiles como las hojas muertas que caen a nuestro alrededor.

R. W. EMERSON

Lord's Supper Sermon (1832, trad. de J. Castellá)

5

Si es cierto que contamos con mejores perspectivas para la adecuada formación del carácter humano, entonces podremos iniciar la mejor de nuestras tareas. Naciones anteriores a nosotros han emprendido guerras desoladoras y obtenido sangrientas victorias. Otras nos han prodigado con las artes prácticas y elegantes. Otras han elevado grandes templos y hermosos palacios. Otras han instituido grandes reyes, terribles para sus enemigos y para sus súbditos; disponemos de artistas ingeniosos, poetas inspirados, oradores elocuentes, jueces sabios, bravos soldados, ricos comerciantes y estudiantes instruidos. Que todos tengan su merecido elogio. La Providencia nos insta a la tarea más elevada a que puede aspirar el hombre: su formación como tal. Al hombre íntegro y sincero. Un hombre completo y acabado, ¿quién lo ha sido? Los hombres están en todas partes, en la tierra, en el mar, en las minas y montañas; ciudades y campos están infectados de ellos. Se cuentan por miles y millones. Sin embargo, dónde encontrar uno que sea lo que debe ser, lo que su creador dispuso; que sea tan bueno como la idea que tenemos del hombre de bien en lo más íntimo de nuestro corazón. Reparad en torno a vuestros conocidos, a vuestro barrio, a vuestro pueblo y, si podéis, fijaos en un hombre que lo sea de verdad, un hombre que sea independiente de su circunstancia, un hombre que cuente con una mente que satisfaga plenamente vuestra idea de perfección de la naturaleza humana, alguien a quien se venere por ser hombre. Considerad que su relevancia reside en su propia naturaleza, en su disposición y las habilidades con las que cuenta, y no en el nombre de su familia ni en el murmullo de su reputación, ni en el cargo que ocupa o las grandes propiedades de que disfruta.

No hay nada menos tenido en cuenta por la mayoría de nosotros que lo esencial en el hombre. Las circunstancias nos pesan mucho más. [...] Arte y profesión, salud y posición, modales y convicción religiosa son pantallas que ocultan el carácter impropio y la impotencia del hombre. Estamos tan entretenidos con el desfile de las apariencias que rara vez alguien se preocupa por la persona real que subyace tras ellas. El mundo entero se mueve en pos de lo que se percibe en el exterior y el alma, que es lo sustancial, se pasa por alto. [...] Tengo la impresión, hermanos, de que no deseamos nada tanto como poder distinguir entre nuestras circunstancias y nosotros mismos; nada como un escrutinio diario y riguroso de nuestra vida que nos permita aprender cuánto hay de auténtico en nuestra propia acción y cuánto de imitación y mercadeo. Tengamos presente la ventaja de alcanzar una noción precisa del hombre auténtico tal y como todas las grandes y buenas personas pretenden ser; tal y como Jesús lo dispuso y con lo que consiguió que muchos se convirtieran; tal y como se dice, en definitiva, en las Escrituras: “Del hombre nuevo, creado a imagen y semejanza de Dios en la justicia y santidad verdaderas”. [...] Pero, por un hombre auténtico entiendo algo más que un hombre que dice siempre la verdad. Hay una virtud peculiar en esto, un servicio superior a la verdad que es la fuente de ello, esto es, la confianza en sus propios pensamientos y el seguimiento de una senda propia. Ese hombre no está acostumbrado a adoptar o imitar el modo de comportarse de los otros, sino a seguir su propia dirección como si fuera un muchacho inocente. [...] Por último, respondiendo a alguien que nos dijera: “Esa cualidad de autenticidad y sinceridad de carácter es buena, pero ¿no hay algo mejor?” Quiero incidir en el hecho de que esa convicción se ha de producir en

nosotros mismos, que la verdad de este carácter es equiparable a la vida religiosa, que son uno y lo mismo; que esa voz propia es la voz de Dios; que la razón por la que estáis obligados a reverenciarla es porque es una revelación directa de la voluntad del Creador, no registrada en los libros antiguos ni atestiguado por milagros, sino escrita en la sangre y en vuestra carne, en las propias emociones y aptitudes de que estáis dotados; que la razón por lo que la Biblia es sagrada es porque sus mandamientos son sancionados y confirmados por la luz interior que nos guía.

R. W. EMERSON

Genuine Man Sermon (1832, trad. de J. Castellá)

6

Tenemos que ver con claridad que toda acción éticamente orientada puede ajustarse a dos máximas fundamentalmente distintas e irremediabilmente opuestas: puede orientarse conforme a la “ética de la convicción” o conforme a la “ética de la responsabilidad”. No es que la ética de la convicción sea idéntica a la falta de responsabilidad o la ética de la responsabilidad a la falta de convicción. No se trata en absoluto de esto. Pero sí que hay una diferencia abismal entre obrar según la máxima de una ética de la convicción, tal y como la que ordena (religiosamente hablando) “el cristiano obra bien y deja el resultado en manos de Dios” o según una ética de la responsabilidad, como la que ordena tener en cuenta las consecuencias previsibles de la propia acción. [...] Cuando las consecuencias de una acción realizada conforme a una ética de la convicción son malas, quien la ejecutó no se siente responsable de ellas, sino que responsabiliza al mundo, a la estupidez de los hombres o a la voluntad de Dios que los hizo así. Quien actúa conforme a una ética de la responsabilidad [...] no se siente en situación de poder descargar sobre otros aquellas consecuencias de su acción que él pudo prever. [...] La corrupción del mundo por el pecado original permitía con relativa facilidad introducir en la ética la violencia como un medio para combatir el pecado y las herejías que ponen el alma en peligro. [...] El calvinismo volvió a aceptar como principio básico la legitimidad de la fuerza como medio para la defensa de la fe. [...] Una de las condiciones del éxito es el empobrecimiento espiritual, la cosificación, la proletarización espiritual en pro de la “disciplina”. [...] Es infinitamente conmovedora la actitud de un hombre [...] que siente realmente y con todo su alma esta responsabilidad por las consecuencias. [...] La ética de la responsabilidad y la ética de la convicción no son términos absolutamente opuestos, sino elementos complementarios que han de concurrir para formar al hombre auténtico. [...] Cuando, sin nuevas y auténticas profecías, nos obstinamos en construir nuevas religiones se producen internamente esperpentos [...] cuyas consecuencias han de ser peores aún. Las profecías lanzadas desde la cátedra podrán crear sectas fanáticas pero nunca una auténtica comunidad. [...] Es inevitable que de uno u otro modo tengan que hacer allí el “sacrificio del intelecto”. [...] Tal sacrificio hecho en aras de la entrega religiosa sin condiciones es éticamente muy otra cosa que ese olvido de la simple probidad intelectual que se produce cuando alguien no tiene ánimo bastante para darse cuenta de su propia postura básica y se facilita a sí mismo esa obligación por el camino fácil de relativizarla. Para mí esa entrega tiene más valor que todas las profecías de cátedra que desconocen la verdad de que dentro de las aulas no existe ninguna virtud fuera de la simple probidad intelectual.

MAX WEBER

El político y el científico, pp. 163-4, 170, 171, 173, 176, 230